

# Desde la playa

Mauricio Salina\*

**E**L verano nos ha llevado a muchos de nosotros a las playas mediterráneas y nos ha ofrecido la ocasión de reflexionar entre chapuzón y chapuzón sobre los dramas y las esperanzas que a diario se entrecruzan entre las orillas del que los romanos llamaron Mare Nostrum y que es de todos los ribereños.

Durante la última Presidencia española de la U.E., se reunió en Barcelona una Conferencia Euro-Mediterránea con el objetivo de hacer un enfoque global de la política europea hacia su flanco sur, canalizada ahora en tres ejes de carácter político, económico y socio-cultural. Barcelona tuvo, además, el mérito de marcar con claridad el interés de esta zona del mundo para una Europa excesivamente volcada hacia el norte, como consecuencia de la última ampliación hacia Suecia, Austria y Finlandia.

Francia pretende celebrar en noviembre de este año 2000, en Marsella, una Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno de los países presentes en Barcelona, con el añadido de Libia pues ya están en vía de resolución los contentiosos que impidieron su participación en 1995. El objetivo de esta convocatoria es triple: dar realce a las relaciones euro-mediterráneas mediante una reunión al más alto nivel; continuar los trabajos de Barcelona, revisando sus logros y corrigiendo sus carencias y defectos; y *last but not least*, dar

\* Abogado. Alicante.

protagonismo a Francia, que siempre ha visto con ciertos celos el papel preponderante que hasta ahora ha jugado España en este ámbito. Si los mediterráneos no nos ponemos de acuerdo entre nosotros, seremos marginados por los intereses de una Europa concentrada en su reforma estructural y su ampliación hacia el Este.

La Unión Europea ha elaborado una Estrategia Común para el Mediterráneo, recién aprobada por los Jefes de Estado y de Gobierno de los quince en la Cumbre Europea de Feira (Portugal, junio 2000), y que tiene carácter globalizador al incluir el complicado conflicto de Oriente Medio. España ha sido nuevamente impulsora de este importante documento de estrategia.

Pero no hay un Mediterráneo sino muchos, al igual que son muchos los problemas con los que nos enfrentamos en este escenario geográfico.

### Descubrir el Mediterráneo

**HAY** problemas políticos relacionados con la democracia, los derechos humanos o el buen gobierno; hay problemas militares que tienen que ver con las relaciones de vecindad o con los diversos focos de tensión que hay en sus orillas, entre los que sin duda destacan el problema que enfrenta Israel con los palestinos y demás árabes o la inestabilidad en los Balcanes; hay problemas estratégicos relacionados con la escasez del agua, las armas de destrucción masiva, la amenaza nuclear o bacteriológica, el terrorismo o la droga; hay problemas culturales nacidos de la intransigencia propia de los monoteísmos que se enfrentan en este reducido espacio en gigantescos choques de culturas y de civilizaciones y hay, finalmente, problemas socio-económicos derivados de clamorosas diferencias de renta y demografía entre las riberas norte y sur de nuestro mar y que tienen su reflejo en imparables movimientos migratorios que parece que no han hecho sino que comenzar y que llevan camino de convertirse en el problema más acuciante de los próximos años y en el que más alarma social ha comenzado ya a generar.

El plano económico genera grandes frustraciones porque hoy en día —a diferencia de lo que ocurría antes— todo el mundo es consciente de que la brecha entre el Norte y el Sur se amplía. La caída del muro de Berlín y la implsión soviética han terminado con el enfrentamiento por la supremacía entre el Este y el Oeste, sucedido por un enfrentamiento por la supervivencia entre el Norte y el Sur. Y el Sur sabe lo que está ocurriendo y sabe que

el futuro pasa por el acceso a la información y a las nuevas tecnologías y que un país como por ejemplo Marruecos, con 63 por 100 de analfabetos, tiene grandes dificultades para subirse a ese tren que pasa muy de prisa y –como las galaxias del Big Bang– gana velocidad a medida que se aleja.

Las ideologías islamistas más o menos radicales, que parecían imparables a finales de la década de los 80 con triunfos espectaculares en lugares tan diversos como Irán, Argelia, Sudán o Afganistán, han perdido mucha fuerza al haber fracasado su intento de reunir bajo un proyecto común a intelectuales, clases medias emergentes y masas desposeídas, algo que logró sin embargo Jomeini. Es un signo de esperanza que las clases medias busquen hoy una mayor participación en el poder político (democracia) y en el poder económico (liberalización) y muestren en consecuencia una mayor preocupación por los derechos humanos y los valores universales.

### Trasatlánticos y pateras

AUN así, las profundas disparidades económicas y las grandes diferencias ideológicas y culturales hacen del Mediterráneo, frontera sur de Europa, una auténtica bomba de relojería donde los riesgos no son tanto militares como de orden social y humano. A Europa debe interesarle estabilizar este flanco sur por solidaridad y también por egoísmo. Con acierto se ha dicho que la mejor forma de luchar contra el racismo y contra la xenofobia en los países del Norte es invirtiendo y contribuyendo al desarrollo de los países de la ribera Sur del mar que compartimos, algo que hay que hacer sin duda pero que exige un tiempo del que no disponemos, porque por encima de las teorías está el drama humano de la emigración. Nadie abandona su país por gusto y los que lo hacen son normalmente los más audaces y emprendedores. Mientras España tenga una renta doce o trece veces mayor que Marruecos, o Italia que Túnez, los movimientos migratorios a través del Estrecho serán imparables por muchas alambradas y policías que se pongan. Y no son sólo los magrebíes los que quieren ir a Europa. Cada vez hay mayor número de subsaharianos –gentes de Mali, Niger, Senegal, Nigeria o ahora Sierra Leona, por poner sólo algunos ejemplos– que se quedan «embotellados» en Marruecos ante las crecientes dificultades para cruzar el Estrecho. De hecho, las primeras estadísticas nos informan de que el 70 por 100 del inhumano tráfico de pateras se hace con subsaharianos y sólo un 30 por 10 con magrebíes. De modo que Marruecos –y esto no lo sabe mucha gente– no sólo envía emigrantes a

Europa sino que recibe inmigrantes de otros países que están en peor situación económica, inmigrantes que le traen muchísimos problemas por la debilidad o inexistencia de estructuras de acogida y por su carencia de medios para repatriarlos a sus lugares de origen. Esto es lo que se refiere al Estrecho de Gibraltar —que es el escenario más dramático por los frecuentes dramas que presencia—, pero no debemos olvidar que la principal afluencia de inmigrantes procede del este de Europa aunque sus rasgos étnicos hacen que su presencia entre nosotros sea menos evidente.

Lo que pasa en España es mínimo en comparación con lo que ocurre en el resto de Europa. Basta para comprobarlo darse una vuelta por los metros de ciudades como Londres o París y luego viajar en el de Madrid. Saltará a la vista la todavía tremenda homogeneidad racial de los usuarios de nuestro suburbano. El informe 2000 de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) sitúa entre 300.000 y 500.000 personas por año la afluencia de inmigrantes ilegales a Europa desde principios de los años noventa. Se calcula que hoy hay en Europa Occidental unos tres millones de clandestinos y se ha dicho que si hoy se abrieran sin restricciones las fronteras europeas, cinco millones de africanos desearían establecerse en el viejo continente. Me parece una cifra conservadora porque no hay que olvidar los otros muchos millones que desean venir desde el este de Europa.

El resultado no sería asumible. Por eso y por encima de utopismos es necesaria una política de control de fronteras sin la cual no hay política de emigración que aguante.

Acontecimientos como el de Dover con 56 inmigrantes asiáticos asfixiados en el interior de un camión ponen los pelos de punta. Hay que acabar con las mafias que trafican con carne humana y que abocan a una vida de ilegalidad y explotación a los «afortunados» que llegan a su destino. Hay que dejar de hacer la vista gorda y penalizar a los empresarios sin escrúpulos que se benefician de la necesidad de los «sin papeles» para contratarlos por salarios de subsistencia. Y hay que ser muy generosos en prestaciones jurídicas y sociales con todos aquellos que con o sin papeles están en España y contribuyen a nuestro desarrollo y bienestar con su trabajo, favoreciendo su integración entre nosotros, lo que exigirá esfuerzos y concesiones por ambas partes.

España ha pasado en muy poco tiempo a ser receptora de inmigración después de haber sido durante casi toda su historia productora de emigrantes. La nueva situación supone un choque cultural que exige tiempo para aprender a convivir con «el otro» como vecino, respetando su singularidad, aunque también sea exigible de la otra parte un esfuerzo de adaptación al medio que le ha acogido.

## Solución política, no policial

LA emigración no es algo que se ataje con policías, alambradas y perros. Eso, ciertamente, puede dificultarla pero siempre la necesidad aguzará la imaginación de los candidatos a la emigración, que encontrarán nuevos caminos a medida que otros se cierran. La única solución definitiva es la que fija a la población en sus lugares de origen y elimina las causas que la fuerza a emigrar. Sólo el desarrollo económico y sociedades más fuertes socialmente y más participativas políticamente pueden lograrlo, pero no lo harán mientras el 20 por 100 de la población mundial siga apoderándose del 80 por 100 de los recursos.

¿La solución? Un esfuerzo compartido que exige por una parte más solidaridad, más cooperación y más inversiones creadoras de riqueza y de empleo en los países del Sur, que a su vez deben ser capaces de producir unas adecuadas condiciones de acogida en forma de un entorno ampliado de seguridad jurídica y de la eliminación de corruptelas y trabas burocráticas.

Lo que me parece evidente es que el Norte no puede, al mismo tiempo, querer la pesca y exigir la eliminación de los aranceles para los productos industriales al tiempo que no invierte lo suficiente, no transfiere tecnología y cierra la puerta a la emigración y a los tomates, aceites y naranjas del Sur. ¿Somos tan miopes que no percibimos que hacer eso implica condenar a nuestros vecinos mediterráneos a una situación insostenible cuya irreversible explosión acabará afectando a nuestra propia y satisfecha seguridad?

Y mientras tanto, cada emigrante con el que nos cruzamos a diario en medio de nuestra satisfecha autosuficiencia es un reproche en nuestra propia cara a las injustas relaciones que prevalecen entre el Norte y el Sur del planeta Tierra.